

EL CAMBIO EN LA NOCIÓN DE LECTURA: CARLOS RINCÓN Y LA PRÁCTICA DE LA TEORÍA LITERARIA*

DER WANDEL IM LEKTÜRE-BEGRIFF: CARLOS RINCÓN UND DIE PRAXIS VON LITERATURTHEORIE

Pablo Valdivia¹

* Artículo derivado de la ponencia “El cambio en la noción de lectura: Carlos Rincón y la práctica de la teoría literaria” presentado en el Homenaje a Carlos Rincón el 31 de octubre de 2019 en la Universidad Nacional de Colombia.

Cómo citar este artículo: Valdivia, P. (2021). El cambio en la noción de lectura: Carlos Rincón y la práctica de la teoría literaria. *Estudios de Literatura Colombiana* 48, pp. 23-40. DOI: <https://doi.org/10.17533/udea.elc.n48a01>

¹ <https://orcid.org/0000-0002-4382-7126>
valdivia@europa-uni.de
Europa-Universität Viadrina, Deutschland

Resumen: este artículo de reflexión parte de la hipótesis de que los diferentes aportes teóricos de la obra de Carlos Rincón surgen de una preocupación inicial por la lectura. La lectura, en tanto práctica cultural y objeto de teoría literaria, además de permitir un diálogo de muy diversas metodologías, es manifestación de una posicionalidad latinoamericana que no se define de manera esencialista, sino como actitud crítica.

Palabras clave: lectura; crítica; teoría literaria; estudios latinoamericanos.

Zusammenfassung: Dem Beitrag liegt die These zugrunde, dass das Gesamtwerk von Carlos Rincón seinen Ausgangspunkt in der Problematisierung des Lesens findet. Die Lektüre, die sowohl eine kulturelle Praxis ist als auch ein literaturtheoretischer Gegenstand, erlaubt dabei nicht nur einen Dialog von sehr unterschiedlichen methodischen Ansätzen, sondern erweist sich zugleich als eine Manifestation einer lateinamerikanischen Positionalität, die gerade nicht als Essentialität, sondern als kritische Haltung zu verstehen ist.

Schlagwörter: Lektüre; Kritik; Literaturtheorie; Lateinamerika-Studien.

Editores: Andrés Vergara Aguirre, Christian Benavides Martínez, Valentina Noreña Gómez

Recibido: 15.02.2020

Aprobado: 28.10.2020

Publicado: 18.12.2020

Copyright: ©2021 *Estudios de Literatura Colombiana*. Este es un artículo de acceso abierto distribuido bajo los términos de la [Licencia Creative Commons Atribución – No comercial – Compartir igual 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/)



A veces creo que los buenos *lectores* son *cisnes*
 aún más tenebrosos y singulares que los buenos autores.
 Jorge Luis Borges

Genealogías

El deseo de narrar una biografía intelectual coherente de Carlos Rincón se ve enfrentado con la no ligera dificultad que representa un panorama en el que a primera vista lo único constante es el cambio. De hecho, los diversos textos de Carlos Rincón no solo son testigos de una vida itinerante, sino igualmente de los tantos giros que dieron los estudios literarios en general y los latinoamericanos en particular. En los cincuenta años en los que Rincón participó activamente en el campo literario desde 1955 hasta 2010 aproximadamente, se dieron cambios fundamentales y debates interminables —tanto así que se puede narrar la transformación de las humanidades tomando como caso paradigmático la crítica literaria de las últimas seis décadas—. Ahora bien, ¿cómo tratar esas diferencias?, ¿cómo tratar una historia de la diferencia a través de un mismo personaje?

Para ello, nos podríamos servir de un modelo conocido y poderoso que permita generar una coherencia desde la diferencia: podríamos progresar en tres pasos, basados en un modelo que en Francia sigue siendo autoridad académica para narrar una biografía intelectual: tesis, el joven crítico literario; antítesis, el adulto de tendencia marxista, y síntesis, el profesor maduro, pionero y defensor apasionado de los estudios culturales.

Obviamente, este tipo de lectura presupone una coherencia desde un final que se presenta como culminación necesaria, superando e integrando lo anterior. Aceptar este modelo —el cual dificulta pensar la simultaneidad de los diferentes estratos— nos limita a pensar su obra desde las respuestas que nos da el intelectual de los estudios culturales latinoamericanos. Al ser así, será ante todo ese el Carlos Rincón que leemos y recordamos.

Tiene, sin duda, esta narración su grano de verdad. Los estudios culturales le permitieron pensar aquello que alguna vez se suponía que era —siguiendo la ideología de la *Kulturnation*— privilegio de las letras de las ‘civilizaciones’: comprender la actualidad y especificidad cultural de ese espacio cultural-discursivo que Rincón solía llamar “América Latina”.

Sin embargo, tal modelo narrativo tiene su lado problemático. Su principal inconveniente es la narrativa teleológica que reproduce. Tal narración es problemática

porque, al preferir la respuesta ante la pregunta, la necesidad ante lo posible, nos seduce a ver lo anterior como algo provisorio y de valor secundario. La reflexión teórica, en esta visión, es sinónimo de progreso. Pero obviamente no es necesario comprender los estudios culturales como la superación de los enfoques anteriores. Quisiera por ello proponer en las siguientes reflexiones que se comprendan los estudios culturales como la rearticulación de una preocupación constante que desde sus primeros textos está presente. La multitud de enfoques y sus posibles respuestas, más que atestiguar un “desarrollo”, revela la persistencia de un problema que pide ser repensando constantemente. Repensar su biografía intelectual de tal manera se sirve de una perspectiva que podríamos llamar genealógica —una perspectiva que ha sido fundamental para el pensamiento de Rincón, como lo revelan sus múltiples trabajos sobre la constitución de mitos y cánones nacionales en Colombia—.

Concretamente, propongo comprender su obra multifacética desde una problemática inicial que considero central tanto en lo teórico-metodológico como en lo práctico-didáctico: el problema de la lectura. Pensar la lectura es, a mi parecer, el hilo conductor en la obra de Carlos, un hilo que más allá de una respuesta definitiva, nos invita a poner en relación rizomática muy diversos enfoques que se deben a las diferentes dimensiones de la práctica de leer. Propongo así ver en su obra una constelación de propuestas equivalentes para pensar la lectura —un acto tan intelectual como físico, tan sociohistórico como idiosincrático, tan determinado como imprevisible—. Recordando el contexto de la teoría literaria en el que Rincón trabajó, no nos ha de sorprender tal preocupación por la lectura: la teoría literaria entre los años 60 y la primera década de este milenio —pensemos en libros como *Opera aperta* de Umberto Eco y los aportes de la escuela de Konstanz, pero también en la crítica formulada por Terry Eagleton y la finalmente institucionalizada crítica de la deconstrucción— se deja resumir como el esfuerzo por tomar en serio el proceso de la lectura.

De la importancia de la lectura nos habla ya el primer libro que Rincón publica en español. En *El cambio en la noción de literatura* —libro que lo habría de establecer como un teórico clave de la literatura latinoamericana— el crítico colombiano se propone, entre otras cosas, contextualizar críticamente las propuestas de la estética de la recepción.

Pero la lectura es más que una cuestión de teorizar el proceso de lectura. Leer, ante todo, es la manifestación de una relación. No sorprende entonces que es lo pri-

mero de lo que nos habla el libro. Antes de entrar en cualquier argumento, en los agradecimientos, leemos un acto de confianza genealógica. Más que una afiliación teórica o metodológica subraya algo que es, a mi parecer, aún más decisivo para todo intelectual. Rincón (1978) le da las gracias a la persona que le “enseñó a leer” (p. 5), su maestro Tomás Ducay.

Las informaciones sobre la lección de Ducay son escasas. Importa más preguntarse: ¿qué significa aprender a leer con alguien? Me imagino una respuesta desde mi propia experiencia cuando gocé del privilegio de aprender a leer con Rincón: sus seminarios a los que asistí durante mi maestría en la Freie Universität de Berlín me hicieron comprender que aprender a leer requiere de alguien con la capacidad y la valentía para enseñar a hacerlo. Parece una obviedad, pero no lo es porque enseñar a leer no es transmitir interpretaciones. Enseñar a leer, en este caso, significó la exposición de una lectura concreta, detallada y extensa que no se contentaba con una conclusión. La conclusión no era lo principal, sino la comprensión del proceso de la lectura de una manera más consciente y compleja. Las lecturas que Rincón desarrollaba en sus seminarios nos revelaron así el lado performativo —y por ello contingente hasta cierto punto— de la lectura. Para Rincón, enseñar a leer implicaba ante todo un acto de exposición en una situación muy concreta; enseñar es mostrar(se), no demostrar. Evitando todo esoterismo intelectual, no se trataba de contentarse con un resumen global de las cosas y pretender que solo los iluminados llegaran a su comprensión, sino de exponer detalladamente los ingredientes concretos de tal o tal afirmación. En cierto sentido, aquellos seminarios eran ejercicios de crítica genealógica. En ellos se nos revelaba la curiosa afinidad entre una lectura atenta y la crítica genealógica. En ambos casos, la afirmación global nunca estaba fuera de la historia respectivamente de un conjunto textual. Era posible por ello reconstruir o deconstruir en detalle sus condiciones de posibilidad. La crítica genealógica —un tipo de crítica que asociamos con Nietzsche y Foucault—, además de ofrecernos herramientas potentes para revisar las grandes narraciones de la fundación de la modernidad occidental, se nos reveló como *ethos* de toda lectura crítica. En vez de reproducir grandes narraciones o necesidades interpretativas, se trataba de pensar las (im)posibilidades concretas de toda afirmación y representación. No buscábamos significados absolutos y totales, sino comprender lo más concretamente posible los significados como expresión de sus condiciones de posibilidad tanto materiales como ideológicas.

Tal crítica tiene como efecto que toda afirmación termina siendo una posibilidad más o menos contingente. La lectura es el espacio de lo posible. Enseñar a leer, por ello, no obedece al propósito de fundar una escuela o al deseo de dejar una herencia fija por administrar y preservar —de hecho, si bien fue un maestro que marcó de manera decisiva a sus “discípulos”, en el fondo no dejó escuela, pero sí una actitud de lectura que es pensada desde la posibilidad de la diferencia—. Aprender a leer es aprender a leer de otra manera, es aprender a leer nuevamente. La lectura así mantiene una relación estrecha y constante con la diferencia: la lectura —y de antemano quisiera subrayar que nuestra noción de lectura no se reduce a la esfera textual— es proliferación de diferencias. La diferencia, entonces, no solo se articula en las proposiciones expresadas por cada uno, sino —y quizás, ante todo— en las lecturas (otras) que sabemos realizar y que hacemos posibles al leer detalladamente. Lectura como diferencia y diferencia como lectura —hacemos aquí una primera aproximación a la inquietud por la lectura en el pensamiento de Carlos Rincón—.

Lectura de lectura

¿Qué convierte la lectura en un interrogante tan persistente? ¿Cómo pensar la diferencia en términos de lectura? El desafío de pensar la lectura se deja resumir con dos preguntas que aparecen en un libro que Rincón publicó en 1999 y que sirven como título de un capítulo. Allí, el autor nos habla de manera íntima de su propia lectura de una novela de García Márquez: “¿Por qué leer? ¿Cómo leer?” (Rincón, 1999a, p. 39).

Tanto el orden como la combinación de estas preguntas nos dan una primera impresión del panorama de su reflexión. Tratándose de dos preguntas diferentes a nivel sistemático y teórico, estas dos dimensiones se hacen sin embargo inseparables en toda lectura concreta. Pensar la lectura requiere no solo una reflexión inter y transdisciplinaria, sino igualmente enfocar el proceso de lectura a muy diferentes niveles. Así nos permite ver hasta qué punto el crítico literario —lector que se dedica principalmente a detalles lingüísticos—, el teórico de inclinación marxista y el profesor de estudios culturales pueden coexistir y dialogar sin hablar un mismo metalenguaje. Si bien el lenguaje teórico puede variar, las preguntas siguen siendo las mismas: “¿Por qué leer? ¿Cómo leer?”. En vez de proponer un desarrollo en cuyo trascurso un paradigma es sustituido por el siguiente, propongo comprender la teoría y el *performance* de lectura que Rincón desarrolló a lo largo de su obra como

un conjunto teórico que se va ampliando y contextualizando sin aspirar a falsas coherencias. La lectura como objeto de estudio ilustra de manera ejemplar que trabajar con varios enfoques teóricos no es falta de consistencia, sino expresión de una voluntad de comprender las cosas en su complejidad multifacética.¹ La diferencia puede ser igualmente un *ethos* teórico.

Si, por ejemplo, la pregunta *cómo leer* puede parecer un interrogante más bien metódico y parte integral de la crítica (literaria) profesional, ello no excluye el hecho de que leer es una práctica cultural e histórica que no se realiza en una esfera abstracta e ideal. Sin embargo, la importancia del “cómo leer” nos lleva a lo que la crítica tradicional llamaba *la inmanencia de la lectura*. Si bien Rincón nunca pensó que existiera una lectura pura, sí nos hizo comprender que leer un texto literario es una interacción con una estructura definida que no puede ni debe ser ignorada por completo. En este contexto vale recordar que si los seminarios de Carlos Rincón —y me refiero ante todo a las clases de pregrado y maestría— recobraron cierta fama dentro de la Freie Universität Berlin, fue porque siempre eran ejemplos de un *close reading* intenso sin pretender que tal *close reading* fuera la meta última. Vale la pena subrayar que en sus seminarios no se admitían lecturas superficiales; diversas y hasta contradictorias, sí, pero nunca superficiales. En algunos seminarios no pasábamos de unos cinco o seis párrafos que solo después de haber sido deletreados palabra por palabra se discutían de manera más general. De esa pasión de lector atento y detallado nos habla también un título de un artículo suyo: “Del amor y los demonios, páginas 9 a 11; o, sobre la reescritura de las ‘foundational fictions’ norteamericanas” (Rincón, 1999b).

Al contrario, “por qué leer” es una pregunta que difícilmente puede ser respondida desde la lectura inmanente y por el crítico literario. Por más virtuosa y erudita que sea su interpretación, no responde y autoriza el mismo acto de leer. El acto de leer —hoy más que nunca— no es algo evidente o natural. Para Rincón —y eso es válido tanto para el Rincón ‘marxista’ como para el Rincón de los estudios culturales—, toda lectura es necesariamente expresión de una configuración cultural internalizada que permite (o no) que una persona se dedique a leer un libro de literatura (latinoamericana) de cierta manera (o no).

¹ Me parece llamativo que Hans Ullrich Gumbrecht (2000, p. 13) destaca ese detalle en su homenaje. Según el romanista alemán, Rincón se destacaba por querer comprender las cosas de manera cada vez más complejas (“Deine bedingungslose Suche nach höchstmöglicher Qualität und Komplexität ist es, was mein im Stillen angewandts Konzept von Weltklasse bestimmt.”).

Si bien la lectura concreta muy probablemente corresponde a la configuración cultural internalizada del lector, es muy posible, sobre todo en la modernidad tardía, que el contexto de la lectura y la configuración del campo literario no sean idénticos y que tal tensión provoque un proceso de reflexión más general sobre la formación de entidades culturales. Se trata de tensiones que sin duda alguna se hacen aún más notorias en el caso de un lector latinoamericano que lee un texto latinoamericano en el así llamado primer mundo, como es el caso en la escena inicial del libro que contiene las preguntas mencionadas arriba y cuyo título algo extravagante es *García Márquez, Hawthorne, Shakespeare, De la Vega & Co. Unltd.*

En la siguiente lectura detallada del comienzo de este libro —lo que en este caso equivale a decir: una lectura de una lectura— parto de la hipótesis de que el mismo, a primera vista tan personal y menos académico que los demás, nos propone en el fondo una reflexión decididamente teórica sobre la lectura, al comentar y documentar de manera altamente autorreflexiva su lectura concreta de una novela. Así, en vez de formalizar el acto de leer —como lo hizo en su momento Wolfgang Iser sirviéndose de la fenomenología de Husserl—, Rincón se expone como lector. El interés metodológico de pensar la lectura —disidente, diferente— reside precisamente en su resistencia a ser formalizada del todo —algo propio de todo acto verdaderamente performativo—. Es por ello mismo que se requieren todo tipo de precisiones sobre el acto concreto.

Siendo quizás su texto más experimental, en este libro Carlos Rincón (1999a) demuestra, al comentar constantemente su propia lectura de la “nueva novela de García Márquez” (s.p.), cómo en el acto de leer se cruzan muy diferentes aspectos y estratos. También por ello pensar la lectura requiere trabajar con varios enfoques teóricos. Leer es poner en práctica el cruce de muy diversos estratos. Es por eso mismo que la lectura no es presentada aquí ni a un nivel puramente abstracto o formal ni como una simple anécdota personal. Más bien, este libro comienza con una descripción tan personal como intertextual, tan concreta como estilizada. Cuando Rincón comienza su lectura de *Del amor y otros demonios*, cita de manera implícita *Se una notte d’inverno un viaggiatore*: “Vas a principiar la nueva novela de García Márquez [...]. Relájate” (s.p.). Lo que en el texto de Calvino se presenta como palabra dirigida directamente al lector —un prefacio que pide una lectura atenta, absoluta y distanciada de su entorno— aquí es motivo para hablar no solo del lector Rincón y su bagaje cultural, sino de los múltiples

estratos que en ese preciso momento de la lectura se cruzan y que hacen imposible una total inmanencia de la lectura. La lectura de Rincón, si bien cita a Calvino, se realiza en un contexto muy concreto que no es negado u ocultado, sino expuesto y entretejido con una cantidad de textos y contextos.

Empecemos por la pregunta aparentemente más sencilla: ¿quién es ese lector? El lector que aquí se propone a leer una novela de García Márquez es un lector informado y académico. Sabe que leer un texto siempre es un ejercicio de intertextualidad —un hecho que así actualiza y reproduce toda una configuración cultural—. Se nos presenta a primera vista como lector que domina el canon de la literatura occidental, tanto la bien establecida —la primera cita se refiere a Balzac— como la ‘postmoderna’ que obviamente prefiere. Revela tal preferencia tanto el hecho de citar a Calvino, que entonces fue uno de los nombres icónicos de la literatura postmoderna, como su propia escritura llena de citas implícitas y altamente autorreflexiva.

Pero habrá que ser más precisos: además nos revela que se trata de un lector que piensa la posmodernidad con y desde la experiencia cultural latinoamericana. De ello nos hablan varios detalles: la autodescripción es acompañada por una descripción muy concreta del lugar preciso de su lectura. En vez de ir a la biblioteca prefiere leer en el sofá de la sala de su casa en Berlín. Si bien este gesto nos invita a pensar inmediatamente en Marcel Proust, autor del prototipo del lector que se retira del mundo para leer, es igualmente inevitable notar varias y cruciales diferencias entre este lector y aquel que el novelista francés hizo famoso en sus primeros capítulos de su *Recherche*: la lectura de Rincón no es una escena solitaria. Está su hija, quien entre el piano y los videos le ofrece unas “claves inmediatas de lectura” (Rincón, 1999a, p. 1) —claves para otra lectura, claves para situar y ubicar el acto de leer de otra manera—. No como refugio a la esfera abstracta del goce estético o la memoria involuntaria, sino como una negociación *in actu* de la producción de sentidos y significados.

Es importante notar ciertas inversiones y cambios —alteraciones que se deben no solo a la particular figura del lector Rincón, sino igualmente al hecho de leer un texto latinoamericano—. Si Calvino y Proust piden un retiro decidido para perderse y fundirse con la lectura, esta escena busca amplificar y concretar el contexto de la lectura. Descifremos entonces la escena que más que una simple reconstrucción de las condiciones concretas resulta ser la cita alterada de una cita alterada: García Canclini (1992), en su famoso libro sobre las “culturas híbridas”, comienza con

una descripción de una constelación aparentemente improbable de objetos para ilustrar un rasgo particular de la modernidad latinoamericana: “¿Cómo entender el encuentro de artesanías indígenas con catálogos de arte de vanguardia sobre la televisión?” (p. 14). Pregunta que obviamente cita la definición del surrealismo de Breton: el encuentro fortuito de una máquina de coser y un paraguas en una mesa de disección.

Acostado en un sofá en el sur de la Berlín occidental y gracias a su hija, Rincón por su parte deja coincidir “la nueva novela de García Márquez” tanto con el video del *Rey León* y *Pour Elise* de Beethoven como con fragmentos y alusiones a las obras de Proust, Calvino, Balzac & Co. Rincón nos ofrece tal escena para comprender no solo el enunciado interpretativo de su propia lectura, sino igualmente formarnos una idea de las tensiones y contradicciones que toda lectura expone a diferentes grados: si el piano —instrumento burgués por excelencia según Pierre Bourdieu— nos recuerda que esta es una lectura que puede contar con un capital cultural notable, los videos de la hija incluyen un estrato cultural que el prólogo de Calvino excluye explícitamente y que García Canclini incluye enfáticamente: la televisión. Dicho de otra manera: la lectura es práctica cultural que no se puede aislar del todo; el sofá de este lector no es un sofá aislante.

Así, y a diferencia de lo que se observa en muchas escrituras académicas, sobre todo en el contexto anglosajón, donde se insiste sobre los rasgos determinantes del autor —en este caso: hombre, blanco, heterosexual, clase alta, conecedor del capital cultural occidental—, Rincón nos ofrece una escena que no solo revela estos atributos, sino que además nos brinda la posibilidad de reconfigurar tales atributos. No se trata de limitarse a identificar el rol del sujeto que lee. Lejos de insinuar una lectura pura, libre de toda interferencia sociocultural, se trata más bien de reconocer la autoridad e importancia de las circunstancias —circunstancias que no obedecen del todo al lector—, sin por ello negar una relativa autonomía de la lectura y un cierto sentido propio del texto. Más allá de los rasgos determinantes de un sujeto concreto, se trata entonces de dejar espacios para otras lecturas capaces de descifrar la constelación cultural en su particularidad y contingencia. Toda lectura es el comienzo de otra lectura. Para Rincón, son las circunstancias concretas las que nos ofrecen las claves para comprender la lectura como práctica cultural, para luego formular, en el mejor de los casos, críticamente alternativas a lo que las condiciones nos parecen someter

sin alternativa alguna. Irónicamente es justo esta escena tan íntima la que nos permite hablar de un lector Rincón cuya lectura nos permite ir más allá de los rasgos determinantes del lector. El acto de leer, sin ser algo completamente independiente de tales condiciones, tiene el carácter de un evento que nos permite preguntarnos —aunque sea posteriormente— por el potencial innovador de una lectura concreta. La innovación de una lectura no solo y necesariamente se articula como una nueva interpretación. También se muestra en la capacidad de reconfigurar el espacio literario, de ampliar la historia literaria con otras historias, tradiciones y otros contextos diferentes a los tradicionalmente autorizados y asociados. Saber leer, entonces, no solo es la capacidad de construir un sentido únicamente a través del texto, sino ante todo la capacidad de reconfigurar los significados.

De ello nos habla otra reescritura: como en el caso de Proust también el comienzo de este libro está impregnado de un recuerdo. Carlos Rincón rememora cuando su abuela le leía *La letra escarlata* cuando era joven. Tal recuerdo no solo se deja asociar con un texto fundamental de la literatura francesa. Igualmente alude al hecho de que se dispone a leer una novela de García Márquez. No olvidemos que la fuente principal para los *Cien años de soledad* del premio Nobel fueron las narraciones de su abuela —un personaje que en el caso de Proust no apoyaba la lectura de su nieto—. Se funden así la más avanzada escritura literaria europea sobre la lectura, el recuerdo infantil personal y la insistencia sobre el origen oral de todo acto narrador. O dicho de otra manera: esta escena expone la no-simultaneidad de la palabra literaria —no-simultaneidad particularmente notable en las letras latinoamericanas—. Pensar la literatura no como una esfera e historia abstracta y propia es y sigue siendo uno de los lemas metodológicos fundamentales de los estudios latinoamericanos. Por ello mismo es de suma importancia que en esta escena, tan cargada de referencias literarias, no haya un simple origen. La historia literaria no solo nos habla de la literatura o míticamente de una palabra oral primordial. La historia literaria es cruce.

En esta reflexión se expresa una premisa metodológica y teórica que Rincón ya había formulado en 1978, en el libro que lo convirtió, casi de un día a otro, en una referencia fundamental si se habla de teoría literaria latinoamericana: *El cambio en la noción de literatura*: “el texto literario no es exclusivamente aquel cuyo objeto resulta constituido sólo en y a través del lenguaje y que la literatura no es una producción de ficciones sino de efectos específicos” (Rincón, 1978, p. 18). Ahora, estudiar los

efectos de lectura requiere ubicar al texto en un sentido muy concreto. Y para poder hacerlo es necesario una crítica teórica que en el año 1978 se asociaba con una crítica marxista y que más tarde se identificaría con los estudios culturales: en ambos casos es necesario ir más allá de la interpretación. ¿Cómo leer entonces? Leyendo y descifrando lo más concretamente posible la misma lectura.

Esta premisa se traduce en políticas académicas muy concretas que en el caso de la Freie Universität se articulaba como una tensión entre la romanística alemana tradicional y la latinoamericanística.² Quisiera ilustrar tal tensión con una anécdota. La obligación de ser siempre más eficientes, lema universitario global desde los años 90, un día de 1997, condujo a la discusión sobre si de verdad era necesario que el Instituto de Estudios Latinoamericanos de Universidad libre de Berlín (LAI) ofreciera un curso de metodología. El Instituto de Romanística propuso abrir sus cursos metodológicos para los estudiantes del Instituto de Estudios Latinoamericanos y así ahorrarle a la universidad un curso entonces redundante. Y sí, los textos fueron en parte los mismos: Jakobson, Iser, Genette, etc. Pero no se trataba de leer otros textos, sino —cosa que como estudiante de primer semestre apoyé de inmediato, pero que pude entender plenamente solo muchos años después— de leer de otra manera. El *close reading* de la teoría —y no solo de textos literarios— es lo que mejor prueba que trabajar con los mismos textos no necesariamente conlleva a las mismas conclusiones. Más bien, el *close reading* de la teoría de Rincón nos enseñó una etapa necesaria para afilar no solo nuestras herramientas hermenéuticas, sino de concretar las diferentes precondiciones de acceso, las diferentes políticas de lectura y “aplicación”. Una vez más: lectura es ejercicio de diferencia y diferenciación. El final de la historia: el magíster de literatura latinoamericana mantuvo el curso de metodología con éxito; de hecho, llegó a ser una marca de identidad en el instituto. El argumento fue: es necesario tal curso porque leemos de otra manera. Lo decíamos con facilidad, aunque hubiésemos sido incapaces de precisar esa diferencia si nos hubiesen preguntado.

Esta anécdota, que es sumamente política al mismo tiempo, me permite precisar otro aspecto que es fundamental para la lectura. La comprensión tardía y más bien intuitiva de una posible diferencia que se presenciaba en las diferentes lectu-

² No es sorprendente notar que la romanística que toma en cuenta la literatura latinoamericana tiende a ser, al menos en el caso alemán, de orientación socioliteraria.

ras sin ser explicable no solo se debió a mis propias limitaciones como estudiante de primer semestre. Leer y comprender qué y cómo leemos es algo que requiere tiempo. Un tiempo que —y de ahí que tal afirmación es altamente política— en las prácticas académicas de hoy en día cada vez es más difícil de justificar. Con ello quiero insinuar que si el sistema de evaluaciones inmediatas con el que hoy contamos ya hubiese existido en aquel entonces, estoy seguro de que las evaluaciones de los seminarios de Carlos, al menos en pregrado, no habrían recibido la calificación que se merecían, empezando por mi propio voto. Para comprender algunas cosas se requiere tiempo —que en tiempos de la eficiencia no tenemos—. Y otra reflexión: creo que el desarrollo de la academia actual en las humanidades, al menos en Alemania, es tal que personas con un perfil tan destacado, pero poco usual como el de Carlos Rincón, ya casi no encuentran cabida en el sistema académico. Esa especulación la articulo para invitarlos a pensar sobre el estado actual de nuestras disciplinas. ¿Qué pasa con las humanidades si se inscriben plenamente al dispositivo de la excelencia? ¿Y cómo formular alternativas? De nuevo, entonces: ¿Por qué leer? ¿Cómo leer? Una posible respuesta: críticamente. Las humanidades, que según Rincón tenían que ser críticas o simplemente dejaban de ser, no tienen otra justificación que su capacidad de lectura. La lectura crítica —que no necesariamente coincide con el tipo de lectura que se impone en la excelencia académica— no se contenta con la decodificación, sino que además ha de posibilitar leer de otra manera. Lo posible finalmente no es respuesta inmediata, sino un estado que abre procesos. La lectura crítica no es la que ofrece resultados inmediatamente medibles, sino la posibilidad de una futura lectura diferente.

Legibilidad: la lectura y las políticas del deseo

La pregunta por la lectura es crítica si la entendemos como una interpelación por lo posible, ante todo lo posible de la comprensión. Si bien puede parecer la clásica pregunta hermenéutica, en el caso de Rincón es una que ante todo es política. Y para ser más precisos: es una pregunta de crítica ideológica. Si bien Rincón nunca se articuló como un marxista ultraortodoxo, vale constatar que algunas preguntas de la crítica marxista han sido fundamentales para su reflexión sobre la lectura y la literatura. Lo revela el uso extenso y constante que hace de la expresión de la “ideología burguesa” —expresión que se encuentra también en textos de los años 90—.

La crítica ideológica permite reformular la pregunta de la lectura como manifestación de una cierta condición y política de legibilidad. Nos sirve de ilustración el siguiente párrafo de *El cambio en la noción de literatura*: “Es en ellas [las críticas de Manuel Pedro González] sobre todo en donde vemos sellarse, como incapacidad práctica de comprensión de los nuevos textos, la bancarrota del tipo de crítica burguesa representada por él” (Rincón, 1978, p. 103). La crítica ideológica permite describir las interpretaciones que realizamos como manifestación de una política de producción de sentido internalizada. Es finalmente la crítica ideológica lo que revela la relación íntima entre las preguntas del “por qué leer” y del “cómo leer”. Sin ofrecer en este espacio reducido una definición de la categoría de ideología en general y en la obra de Rincón en particular, quisiera proponer comprender bajo ideología aquella formación cultural que asegura, hasta cierto punto al menos, la interdependencia y una cierta, aunque nunca total, correspondencia entre el “por qué” y el “cómo”, entre el hábito y los sentidos.

No hace falta recurrir al lenguaje marxista de la crítica ideológica, un lenguaje tan pasado de moda hoy en día que se nos hace casi opaco —como la relación de superestructura y base—, para comprender de qué se trata. En los mismos textos de Carlos podemos encontrar un concepto que traduce tales inquietudes directamente a la lectura y les da, al mismo tiempo, otro giro crítico. De la crítica ideológica política a una crítica ideológica cultural en un sentido más pleno: la legibilidad. Preguntarse por la legibilidad es una forma de crítica ideológica que además de las relaciones de poder toma en cuenta lo no-simultáneo de lo simultáneo que, al menos potencialmente, se realiza en un acto preciso. La pregunta por la legibilidad no en vano fue una de las preferidas de Rincón en sus seminarios. Recuerdo bien que, al comentar un párrafo de *El laberinto de la soledad*, Rincón nos preguntó: ¿Cómo es posible que se llegue a tal conclusión? Y si bien se notó una cierta indignación por la simplificación que encontró en el texto de Octavio Paz, aquella pregunta no fue para nada retórica. Se trataba de preguntarnos bajo cuáles condiciones una conclusión podía ser dicha como algo convincente. No se trataba simplemente de denunciar “lo falso”, sino de pensar sobre lo que la posibilidad de tal afirmación implicaba. De ello también habla claramente en un ensayo sobre Carlos Fuentes como lector del Quijote que, dicho sea de paso, habla casi tanto del lector Rincón como de Fuentes. Cito —y por resumir lo dicho hasta ahora y por ser un párrafo que parece salido directamente de un semi-

nario suyo *in extenso*— el comienzo de tal texto que comienza con una cita de Milan Kundera para luego preguntarse:

¿Quién enuncia esta no-disyuntiva o esa sinonimia? ¿Quién, en general, podía enunciar hacia mediados de los años 70 esa sinonimia o esta no-disyuntiva? No preguntamos quién certificaba su justeza o su veracidad, sino simplemente ¿quién podía declararse garante para subscribir esa fórmula: Cervantes o la crítica de la lectura? En fin, ¿qué acto crítico, en cuanto proceso y como performance intelectual, buscaba establecer en esa forma de otro orden de legibilidad? (Rincón, 2005, p. 258).

Preguntarse por el “orden de la legibilidad” no solo es una posible descripción de lo que debería hacer una crítica ideológica, sino que se inscribe en y transforma a un discurso teórico que, a primera vista al menos y por preguntarse por la condición de posibilidad de un cierto enunciado, parece ser la aplicación de la crítica discursiva que Foucault había desarrollado en los años 60 y 70. Sin embargo, el término de legibilidad —central en esta reflexión— tiene una historia que nos lleva a otros contextos. Es de interés porque se trata de una historia muy ligada a la crítica cultural alemana que Rincón observaba y seguía con muchísima atención. Me limitaré a comentar dos posibles fuentes de un término que ya con su doble sufijo revela su origen alemán (Weber, 2010).

Sin duda alguna, al hablar de legibilidad, Rincón tenía en mente al crítico y filósofo alemán Walter Benjamin. Principalmente en el Benjamin tardío, el concepto de legibilidad, fusionando reflexiones teológicas y marxistas, sirve para insistir en que, aún bajo la condición de una historia catastrófica, existe la posibilidad de una lectura justa y adecuada en la que la verdad de un texto se revela. Creo que esa reflexión es fundamental para Rincón, aunque le dé otro giro al agregar una dimensión más. Ello se manifiesta particularmente en su concepto de la no-simultaneidad de lo simultáneo: también es posible una lectura “verdadera” en la periferia de la cultura. En ese sentido, no es tanto la dimensión estrictamente temporal y político-mesiánica que ha sido trabajada por Giorgio Agamben la que le interesa a Rincón cuando habla de legibilidad, sino la posibilidad de “otro orden” en la condición actual y global de una cultura postmoderna y periférica, es decir: en y desde América Latina. No es el futuro inminente de la salvación, sino la posibilidad de reconfiguración cultural la que está en el centro de la pregunta por la legibilidad.

La segunda fuente es igualmente ilustrativa y llamativa: de alguna manera al margen de la escuela de Konstanz y al mismo tiempo siendo su centro intelectual

—una posición que a lo mejor aplica para el mismo Rincón y los estudios latinoamericanos en Alemania—, fue el filósofo Hans Blumenberg quien contribuyó decisivamente a popularizar y desarrollar el término “legibilidad” como instrumento de crítica epistemológica e histórica. El autor de la metaforología puede ser de interés en el contexto de una crítica cultural latinoamericana si, en un gesto ya descrito, insistimos en que la legibilidad no solo es expresión de una constelación histórica —occidental—, sino que además de ello es algo que se encuentra en permanente negociación sincrónica —global—. Si la tradición alemana se preguntaba ante todo por la diacronía de la legibilidad —esa sería la “aplicación” metódica de la legibilidad que nos ofrece Jauß—, las críticas de Rincón enfatizan además el cruce sincrónico que se realiza con toda lectura. Esa perspectiva adicional, por más obvia que parezca, ha sido el punto ciego tanto de la escuela de Frankfurt como de la estética de la recepción. No nos debe sorprender que, en ese mismo texto sobre Fuentes, Rincón constata con referencia clara a la escuela de Konstanz lo siguiente: “si se trata de saber si bastaba [...] desplazar el foco del acto crítico en el lector, por benéfica que, ciertamente, haya podido resultar esa estrategia, la respuesta es: no” (Rincón, 2005, p. 273). Darle a la legibilidad, además de una dimensión temporal, una dimensión espacial reconfigura la pregunta por la legibilidad de manera fundamental. En vez de hablar en modo abstracto de “posiciones históricas” nos invita a pensar las constelaciones de la lectura de manera más concreta e igualmente considerar las posiciones espaciales. La legibilidad así recobra un potencial crítico que en la crítica ideológica tradicional al menos estuvo presente —si bien muy formalizada como “base” o “conciencia de clase”— y que en la crítica discursiva y epistemológica tendía a ser neutralizada por una macroperspectiva histórica y muchas veces eurocéntrica. En Rincón, esta crítica se traduce en lecturas muy concretas que tienen como objeto de estudio textos que hoy en día casi no leemos. Ya desde sus comienzos, Rincón ha sido no solo crítico literario, sino igualmente —y diría hasta principalmente— crítico de críticos. La lectura de los otros es la clave para descifrar la legibilidad y así la configuración cultural de un cierto contexto. Finalmente, hablar más bien de lectura y menos de literatura le permite, desde los años 80, dejar de pretender que el texto literario sea el medio de preferencia para estudiar las representaciones y expresiones culturales, sin por ello renunciar a toda la capacidad crítica desarrollada por los estudios literarios.

Ya en este contexto se hace cada vez más claro en qué sentido el acto de leer es más que un simple ejercicio literario y textual. El acto de leer tiene importancia paradigmática no por estar asociado tradicionalmente con los estratos culturales más altos, sino porque nos hace comprender la estrecha relación que existe entre la lectura concreta y la reflexión crítica sobre aquella constelación cultural que produce, permite y excluye ciertas legibilidades. Ya desde *El cambio en la noción de literatura* Rincón insiste en salvar la lectura como herramienta cultural, aún bajo condiciones mediáticas diferentes: “Ya Benjamin mostraba que la lectura no se hace superflua, como la fotografía lo hizo con la pintura” (Rincón 1978, p. 169). La lectura merece ser salvada por varias razones: no solo es manifestación de múltiples relaciones diacrónicas y sincrónicas; además se presta como modelo para una reflexión crítica de nuestra realidad multimedial y multicultural. El ejercicio de leer(nos) recobra así una dimensión política que va más allá del mensaje y de la respuesta. Salvar la lectura es salvar la crítica y la diferencia porque la lectura, al menos en el sentido en que la trabaja Rincón, siempre es manifestación de una situación concreta que incluye el cruce de muy diversos códigos e historias.

Sin duda alguna, la obra de Carlos, además de sus respuestas, nos dejó también una pregunta, quizás una tarea. Regreso a su libro sobre la “nueva novela de García Márquez”. El título del prólogo es: “Un presente”. El presente —y para ser precisos, el presente de la lectura, lo más concreto y al mismo tiempo lo menos descifrable en la comunicación literaria— es necesariamente uno indeterminado: *un* presente de algo. Esa opacidad se debe no solo al hecho de no poder dar cuenta de todos los aspectos que influyen en ese presente. También, y ante todo, la opacidad se debe al hecho de que una fuerza imprescindible de la lectura es indefinida por definición: el deseo. Rincón habla de sí como un lector con sus “propias dosis de intereses, pasiones, la expectativa de crecientes placeres” (Rincón, 1999a, s.p.). La legibilidad de un presente es entonces no solo expresión de una constelación cultural y su manifestación, sino igualmente manifestación de un deseo, de una manera de desear. En el ya citado capítulo “¿Por qué leer? ¿Cómo leer?” leemos: “Podía aventurarme a la exploración del deseo, podía leer el texto con ayuda de teorías del deseo” (Rincón, 1999a, p. 52).

¿Cómo y por qué leer, si tomamos en cuenta al deseo? ¿Qué significa el deseo en un contexto de lectura? ¿Cuál es el deseo de la lectura? ¿El sentido, como lo había propuesto Wolfgang Iser? La respuesta solo puede ser no. Rincón, quien conocía

íntimamente la crítica que Susan Sontag había expresado contra la estética de la recepción, nunca se contentó con el sentido de un texto al leerlo. Entonces, ¿cuál es el deseo de la lectura? La escena inicial del libro nos ofrece una clave para comprender qué es lo que la lectura desea más allá del sentido. La lectura es manifestación y creación de relaciones. El deseo de la lectura es el deseo de y por una cierta relación —de textos, significados, contextos, etc.—. Relación, crítica, deseo. Esa triada nos hace pensar en un crítico que fue fundamental para Carlos Rincón: Jean Starobinski. Fue el crítico suizo quien insistió en el saber de la literatura y de la crítica como un saber de la relación (Valdivia Orozco, 2013). Saber leer es saber relacionar —en todos los sentidos—. Y leer críticamente es mantener(se) la capacidad de poder relacionar(se) de otra manera sin por ello dejar de ser fiel al texto. Es ahí donde recobran su valor crítico las lecturas de las expresiones culturales latinoamericanas. No nos hablan tanto de una esencia; más bien nos enseñan que aún en este capitalismo tardío no todas las relaciones son del todo necesarias. De manera correspondiente, la significación, al no obedecer a un solo deseo, es aquel fenómeno ambivalente que sin ser necesario tampoco es arbitrario del todo. Cito otra vez *El cambio en la noción de literatura*: “Debe entonces [el lenguaje] su posibilidad de significar, no a su capacidad de referirse a los objetos en el mundo, sino a las actitudes culturales de que es investido por sus usuarios” (Rincón, 1978, p. 236). La pregunta que queda abierta para una nueva crítica es aquella por el deseo. Las preguntas por la legibilidad que implican también una crítica del deseo, crítica de lo que “invertimos como usuarios” —palabra más actual que nunca— serían entonces: ¿Cómo desear? ¿Por qué desear? Una respuesta, barroca sin duda y altamente política, podría ser: no dejar de diversificar los deseos. No desear lo mismo y no desear de la misma manera.

Epílogo

La última vez que visité a Carlos Rincón en su apartamento en Berlín me regaló un ejemplar de casi todos sus libros más recientes. La generosa dedicación —“en amistad constante”— hoy la entiendo de otro modo que en aquel entonces. Pensaba que se refería a todo lo compartido. Sin duda, también se trataba de resumir una relación de maestro-discípulo que se manifestó en un ambiente de amistad. Hoy prefiero pensar que la dedicatoria se refiere a una relación aún por crear, una relación futura. Cuando, muy sorprendido, le di las gracias y me pregunté en voz alta dónde los iba a guardar

y qué iba a hacer con ellos, Carlos solo me dijo: “No tiene importancia. Llévate los y si puedes, los lees”. Dijo leerlos, no citarlos. A lo mejor porque sabía que los efectos de la lectura importan más que la simple cita. La lectura, más que la cita, manifiesta el presente de toda crítica.

Referencias bibliográficas

- García Canclini, N. (1992). *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. Buenos Aires: Ediciones Sudamérica.
- Gumbrecht, H. U. (2000). Mein lieber, lieber Carlos. En N. Badenberg, F. Nelle, E. Spielmann (Coords.). *Exzentrische Räume. Festschrift für Carlos Rincón* (pp. 11-16). Stuttgart: Verlag Hans-Dieter Heinz.
- Rincón, C. (1978). *El cambio en la noción de literatura*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura.
- Rincón, C. (1999a). *García Márquez, Hawthorne, Shakespeare, De la Vega & Co. Unltd*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.
- Rincón, Carlos (1999b). Del amor y otros demonios, páginas 9 a 11: O, sobre la reescritura de las “Foundational Fictions” norteamericanas. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* 25 (50), pp. 199-224.
- Rincón, C. (2005). Carlos Fuentes lector del Quijote-Cervantes o la crítica de la lectura. En S. de Mojica, C. Rincón (Eds.). *Lectores del Quijote (1605-2005)* (pp. 257-300). Bogotá: Instituto Pensar.
- Valdivia Orozco, P. (2013). Concordia discors: Das Wissen der Kritik. Eine (Re-)Konstruktion mit Jean Starobinski. Lendemains. *Etudes comparées sur la France* 38 (150/151) pp. 44-58.
- Weber, S. (2010). *Benjamin's -abilities*. Cambridge: Harvard University Press.